

### III

#### LA CONCEPCIÓN ANTROPOCÉNTRICA DE LA HISTORIA

Ni la historiografía anecdótica que al modo del barbero charlatán se encariña con el hecho, con la anécdota, se contenta con eso que es para ella cosa exquisita, ni la historiografía intelectual ó pragmática que investiga las causas y los efectos de los acontecimientos y propone explicaciones más ó menos pueriles, insustanciales y arbitrarias, ni por último la filosofía de la historia que pretende extraer de la abundancia de hechos concretos leyes generales, un plan, una dirección y un fin, pero se ha limitado hasta el día á introducir en ellos opiniones preconcebidas, subjetivas, á las veces de una necedad que deja atónito, pueden llevarnos á una comprensión real de la materia histórica, ni revelarnos el sentido de la historia; no lo pueden, porque recogen con una aplicación que inspira lástima y coleccionan piadosamente lo insustancial, pasando con los ojos cerrados al lado de lo esencial.

La historiografía se esfuerza por seguir las huellas del individuo particular (1), de un grupo determinado, de una

---

(1) Tomás Carlyle. *On heroes and hero-worship and the heroic in history*. Lectura I. (Cito de una edición en un tomo, Londres, sin fecha, de casa de Ward, Lock y Cía., pág. 3) «Porque tal... como yo la concibo, la historia universal... es en el fondo la historia de los grandes hombres que han obrado aquí bajo».

colectividad definida, por investigar y establecer con la mayor precisión posible las condiciones de tiempo y de lugar de un acontecimiento; inquiera los nombres de personas y lugares, fechas y puntos de referencia en las biografías.

¿Qué fin llenan todos esos detalles individuales y concretos? Es cierto que procuran una satisfacción estética, pero no forman los elementos de un verdadero conocimiento. Si la historia quiere ser otra cosa más que una serie de relatos é historietas destinadas á divertir al lector ó al auditor al modo de una fábula imaginada, debe ofrecer un cuadro de la vida de la humanidad, mostrar de qué manera la especie humana se ha apoderado del globo terrestre, cómo se sostiene, cómo ha organizado su existencia, hacia qué fines tiende y por qué caminos trata de alcanzarlos, cuáles son las fuerzas internas ó externas que determinan sus actos, de qué elementos emocionantes y conscientes se compone su vida intelectual, qué instintos se agitan en ella, á qué hábitos obedece y por qué métodos satisface sus necesidades. En una palabra, si la historia quiere enseñarnos algo que deba realmente ser conocido, ha de ser la historia no de *tal* ó *cual* hombre, sino del *hombre* mismo pura y simplemente.

El punto de vista preciso para llegar á conocer los actos y la existencia de la humanidad, aquél desde donde se puede esperar obtener datos ciertos sobre esto, debe estar en la naturaleza misma, en lugar de extraerlo ó desligarlo de ella. La humanidad es una especie animal como todas las demás que se disputan la posesión de la tierra ó se la distribuyen sin hacerse una competencia molesta. Sólo que por el mayor desarrollo de su sistema nervioso y de su cerebro, la humanidad tiene por la adaptación y una modificación metódica del medio dado, mayor capacidad que otras especies para crearse condiciones de existencia más favorables. Para darnos cuenta de la manera cómo lo consigue, tenemos que observar su conducta en las circunstancias más varias, no interesándonos sin embargo, más que por los caracteres generales de los actos y no por saber cuáles son el nombre y apellidos del hombre que es el

agente, ni dónde y cuándo ha nacido, en qué banco de qué escuela rompió sus primeros pantalones y otros hechos «históricos» del mismo género. Supongamos que tuviéramos que observar y estudiar una especie animal que no fuera la humanidad; para no perderme en lo fantástico, no diré: figurémonos un habitante de Marte que sin la intención hostil que Wells atribuye á nuestros vecinos planetarios, hubiera venido á la tierra y quisiera conocer el modo de sér y de hacer de los más eminentes de entre los seres vivos de este planeta. Heños, pues, frente á una especie animal, las hormigas por ejemplo, que Huber, Forel, Lubbock y Wasmann han estudiado con tanto amor y minucia. Las seguimos en la construcción de sus ciudades y caminos, en sus expediciones de guerra y de botín, en su vida amorosa y familiar, en sus instituciones sociales, su jerarquía de los Estados, su crianza de animales lecheros, su cultivo de setas comestibles. Todo esto es de un conocimiento muy interesante, nos atrae y nos retiene. ¿Á qué sabio se le ocurriría, sin embargo, querer establecer de un modo laboriosamente exacto, qué día y en qué punto de un claro del bosque ha tenido lugar la batalla entre los ejércitos de la *Formica rufa* y del *Lasius alienus*, cuáles han sido en cada campo los jefes y héroes principales, durante cuánto tiempo la reina tal ha vivido en tal hormiguero, por qué caminos los jóvenes grupos han abandonado el hormiguero materno, cuándo han fundado nuevas colonias, y así sucesivamente? Si los myrmecólogos se hubiesen perdido en esos detalles ociosos, si hubiesen querido contar la vida de hormigas individuales con todos los azares de sus relaciones, de sus encuentros y de sus aventuras, no los conceptuaríamos como naturalistas serios, sino que nos burlaríamos de ellos llamándolos tontos, á menos que hubiesen puesto en sus biografías de hormigas tal fuerza poética que produjeran un efecto antropomórfico. Pero entonces nuestro interés sería, no por las hormigas, sino por hombres disfrazados ó metamorfoseados en hormigas, y de nuevo gozaríamos únicamente de una obra de arte, en vez de haber adquirido un conocimiento. El myrme-

cólogo advertirá que todos los actos de la especie animal que observa permiten apreciar trazos comunes que reaccionan en circunstancias dadas según un esquema que es siempre el mismo y que permiten también deducir formas de sentimiento, voluntad y actividad comunes á todos los individuos de esa especie; se esforzará en descubrir lo que es idéntico en ellos, en mostrar su reaparición constante á pesar de los cambios de circunstancias, de tiempo y de lugar y no se ocupará de los individuos, esos portadores accidentales de las propiedades generales de la especie. Solo con ese método extraerá de la agitación de la masa de las hormigas lo que realmente deba ser conocido y podrá familiarizarnos con su vida.

Se puede objetar que de ese modo nos habrá dado á conocer la historia natural de las hormigas, pero no su historia y estos dos conceptos no deben confundirse. «La historia es la historia humana» enseña Barth (1) «opuesta á la historia natural, claramente separada de ella después de un divorcio de más de dos mil años». Esta oposición es artificial, en realidad no existe. Cuando Barth dice más lejos: «La primera diferencia entre la historia natural y la historia humana es que aquélla se refiere á la especie, ésta á la sociedad en el seno de la especie», se le puede contestar que la sociedad es la condición bajo la cual vive la especie, que es la forma que se ha creado para las necesidades de su lucha por la existencia. La hormiga tampoco vive aisladamente, sino en hormigueros, y no es posible describir la vida de las hormigas sin describir el hormiguero, como no se puede definir la especie humana sin detenerse en la sociedad. De hecho, la vida social se confunde, por lo menos á partir desde cierto punto de la evolución, con la vida específica del hombre, la una es inseparable de la otra y nada justifica la pretensión de querer oponer la historia humana á la historia natural del hombre.

Se pueden aún hacer otras objeciones aparentes al méto-

(1) Dr. Pablo Barth. *Die Philosophie der Geschichte als Soziologie*. Leipzig, 1897, pág. 2.

do que consiste en dejar á un lado en el estudio y la exposición del devenir y del sér de la humanidad al individuo como factor accidental y en no detenerse más que ante las propiedades generales que se manifiestan en los actos individuales. Es cierto, se dirá, que la suerte de una hormiga determinada nos parece no tener importancia cuando queremos familiarizarnos con la biología de la especie hormiga, pero eso es porque no somos hormigas. Si lo fuéramos no nos contentaríamos con hacer constar que ha habido entre los pueblos de hormigas guerras y batallas y que se han hecho prisioneros; querríamos también conocer la suerte deparada á tal ó cual hormiga durante la batalla y durante su esclavitud y todos los detalles que se han desarrollado en el curso de tal ó cual expedición de guerra. Los habitantes de Marte pueden, al examinar la historia humana, considerar los destinos particulares y los individuos con la misma fría indiferencia con que nosotros miramos las formas de existencia de las hormigas; pero la historia se estudia y se refiere, no por habitantes de Marte sino por hombres, y éstos es natural que no se contenten con reconocer y hacer resaltar los rasgos generales, sino que se detengan también ante figuras concretas y todas sus contingencias, y que sigan todas las sinuosidades de su carrera terrestre.

Esto es muy exacto, pero implica al propio tiempo la ingenua confesión de que la historiografía que se interesa por los acontecimientos concretos y por sus actores individuales, no discierne las verdades objetivas de un alcance general y no enseña el conocimiento de la vida natural de la especie humana, sino que solo refleja las emociones subjetivas de simpatía y antipatía, el interés por ciertas personalidades, el agrado ó la indignación con motivo de determinados acontecimientos. En una palabra, es la confesión de que la historiografía contiene todos los elementos psíquicos y emocionantes de las charlas animadas de un *five o'clock*; no es por consiguiente en último término, más que una colección de chismes de comadre, más elevados, más solemnes, que adoptan actitu-

des más importantes, pero que no es la historia natural tal como debería ser para que espíritus serios, sedientos de verdad, puedan reconocerle su gran importancia.

Hay otra objeción contra el método que consiste en considerar la vida humana en el tiempo y en el espacio desde el mismo punto de vista objetivo que la de las hormigas, y esta objeción es más general, más frecuente y se formula con acento más vehemente. Sería, se dice, injuriar la dignidad humana considerarla igual á cualquiera otra especie animal, sea cual fuere el escalón que ocupase en la serie. En la historia humana se manifiestan fuerzas morales que no aparecen en la vida de las bestias. La vida psíquica hace de la humanidad, incluso de cada hombre individual, un mundo espiritual aparte que plantea enigmas elevados y enseña verdades de un alcance incalculable, mientras que en la vida animal no se encuentra nada que pueda pretender tener la misma importancia. Esta indignada protesta es una explosión retrasada y senilmente impotente de vanidad antropocéntrica, de esa misma vanidad que protestó encarnizadamente contra la teoría de Copérnico, por no poder soportar la idea de que la tierra habitada por los hombres no constituya el centro del Universo, sino que sea tan solo un elemento subalterno del sistema solar, un grano de polvo perdido en el infinito cósmico. Únicamente la ignorancia más infantil y la teología más retrógrada se obstinan aún en afirmar la posición predominante de nuestro planeta. La tempestad que se había desencadenado contra aquéllos que tenían el atrevimiento insolente de perturbar la arrogancia con la cual exageramos la importancia y el valor de nuestra especie se renovó cuando Linneo dijo que la especie humana tenía conexión con la serie animal y la colocó entre los monos, los lemúridos y aún, cosa extraña, con los murciélagos, en el mismo orden de los primates. Esta tormenta arreció hasta convertirse en huracán cuando Darwin, formulando más claramente la idea de Linneo, afirmó la consanguinidad entre el hombre y los monos antropoideos, consanguinidad de que el método de la sero-reacción de Uhlen-

huth debía más tarde ofrecer la prueba bioquímica. Ya no es posible luchar científicamente contra la concepción según la cual la especie humana forma parte de una familia animal determinada y se relaciona por ende con todas las demás especies animales y probablemente también con todos los seres vivos en general. Se puede oponer aún á este parentesco un huero charlatanismo, enfático y místico, pero no es posible refutar las pruebas de su realidad. Se concede pues, que el hombre es un animal como todos los demás en cuanto á su estructura corpórea y funcionamiento de sus órganos; pero no se va más allá y se niega que de esta proposición se deriven las consecuencias lógicas que encierra. Se abandonó, es verdad, después de una larga resistencia y de mala gana, el punto de vista geocéntrico; pero se aferra la humanidad al antropocéntrico sin tener para nada en cuenta la lógica. Aún después de Darwin y Uhlenhuth, la historiografía y la filosofía de la historia tratan al hombre como centro de la creación, como el fin hacia el cual converge toda la fenomenalidad natural y el solo que puede hacerla inteligible. Esta posición dominante del hombre en el Universo, ó á lo menos en el globo terráqueo, justificaría, preciso es admitirlo, la importancia que se atribuye á todos los detalles de su existencia y de su actividad, importancia que no se reconoce al drama vital de ningún otro ser en la tierra. Pero la posición en cuestión no es un hecho objetivo, es una ilusión infantil del hombre que se obstina en no querer rendirse ante el conocimiento científico.

Ante una concepción que no se deja cegar por la vanidad y la fatuidad humanas, la especie humana aparece como una forma especial de la vida en la tierra y en el Universo, forma que tiene tanta y tan poca importancia para el cumplimiento de los procesos naturales y de los destinos de nuestro planeta como la de tal especie de moscas ó cual variedad de musgo; y aún puede que menos todavía porque existen en la tierra muchos seres vivos que han ejercido sobre los detalles de la forma superficial de nuestro planeta (puesto que estas pequeñas contingencias en nada afectan á sus grandes lí-

neas), que han ejercido decimos, una influencia mucho mayor que la que se puede atribuir al hombre. Criaturas minúsculas, á menudo imperceptibles á simple vista, los foraminíferos, briozoarios, los pólipos de coral, los moluscos, los crustáceos han construído islas, amontonado montañas, creado ó transformado continentes, han trazado una dirección á las corrientes marinas y aéreas, han dibujado las cuencas de los ríos, han puesto límites al Océano, han influído sobre el clima de partes del mundo enteras. El trabajo de formación y transformación que el hombre ha realizado en la superficie de la tierra se desvanece al lado de esas influencias. Los pocos istmos que ha abierto, los pocos canales que ha hecho, los pocos túneles que ha horadado en las montañas, son obras insignificantes en comparación de las capas cretáceas y de las calizas de conchas, y tal *Atoll* del mar del Sur representa expresado en kilogramómetros, mayor gasto de fuerza creadora que todas las vías de comunicación artificiales abiertas por los hombres. Si toda vida se extinguiera sobre la tierra se encontraría después de la disgregación de todos los edificios de madera, de piedra ó de metal, sobre la superficie del planeta muchos menos vestigios de la presencia anterior del hombre que de la de numerosas especies animales inferiores. Toda la vida de la humanidad desde sus comienzos zoológicos, á través de todas las evoluciones históricas hasta su desaparición fatal, no habrá sido en suma más que un episodio insignificante de la vida universal del Cosmos, uno de los innumerables fenómenos secundarios que acompañan el juego complicado de los movimientos eternos que fulguran á través del mundo, no más importante que una cualquiera de las formas sucesivas del lanzamiento de los dardos y rayos de la aurora boreal, que el surgimiento y la nivelación de una cadena de montañas, que el nacimiento y la dispersión de un cometa.

No hay en nuestros días un solo hombre familiarizado con las ciencias naturales que crea en la eternidad del globo terrestre y de todo el sistema planetario. Todos los procesos

cósmicos accesibles á la observación nos imponen la hipótesis de una formación y una desaparición eternas de esas combinaciones de movimientos que se llaman cuerpos celestes. Como toda masa, todo cuerpo, todo sol y todo sistema solar, el nuestro también y nuestra tierra han tenido como tales un principio y tendrán como tales un fin, y eso cualesquiera que hayan sido anteriormente y cualesquiera que sean después los movimientos que constituyen la esencia de esos fenómenos. La humanidad no sobrevivirá á la tierra. Esto no necesita prueba alguna para quien no es espiritista y no cree que la especie revistiendo la forma de cuerpos astrales emigrará á otro astro cuando la tierra haya dejado de ofrecer las condiciones que le permiten existir. Es muy probable que mucho antes de la descomposición de la tierra en sus componentes elementales, y aun mucho antes de su escorificación y enfriamiento, toda vida diferenciada se habrá extinguido, aunque yo esté convencido de la posibilidad de evoluciones todavía no sospechadas hoy de la adaptación de los hombres á condiciones naturales hasta las más desfavorables. Pero una vez muerta la humanidad, una vez desaparecidos el último vestigio de su existencia, la última osamenta, la última creación material de la humanidad, una vez que la tierra misma haya sufrido la suerte de todos los astros que han recorrido el ciclo de su sucesión eterna de condensaciones y dispersiones, ¿qué importancia tendrá entonces toda esa historia humana que el historiador ortodoxo se niega á situar en el proceso de la evolución natural y se obstina en colocar por encima de él?

Admito que esto es en realidad una contemplación desde el punto de vista de la eternidad y que desde ese punto de vista no se debe evidentemente considerar más que lo eterno. Pero la humanidad vive en el tiempo, y nosotros que sólo formamos una pequeña parte de esa cosa temporal no podemos considerarla más que con nuestra perspectiva á ras del suelo si queremos que nuestra observación sea fecunda. El interés que sentimos por todo lo que ocurre en la humanidad está

justificado filosóficamente, aunque sepamos que toda la humanidad desaparecerá un día y con ella todo pensamiento del cual ella constituye el objeto; este interés no está menos justificado que el que sentimos por nosotros mismos, aunque sabemos que nosotros también estamos destinados á ser presa de la muerte, que también nosotros dejaremos un día de existir, y con nosotros todo lo que hayamos sentido y pensado y todas nuestras adquisiciones intelectuales. Pero este interés es de distinto género, se engendra en diferentes necesidades y pide satisfacciones diferentes. Hemos visto que en la medida en que se dedica á anécdotas definidas en el tiempo y en el espacio, resulta en parte de una curiosidad subalterna, en parte de una simpatía natural por todo lo que es humano, en parte de la propensión de la imaginación á todo lo extraordinario, traspasa la medida ordinaria y sorprende, y es por su naturaleza puramente emocional estando estrechamente asimilado al interés estético. Poco le importa á este interés que la anécdota sea verdad con tal que sea bella; si la desea verosímil y posible, es únicamente porque el hombre adulto se entrega más fácil y completamente al placer estético que le proporciona una anécdota cuando ésta no provoca la duda y la resistencia á creerla por su evidente carácter fabuloso. Se pueden aplicar al interés emocional y estético estas palabras de Schiller: «Únicamente no envejecen las cosas que no han ocurrido nunca ni en ningún sitio». Por eso los hombres conservan con más fidelidad las leyendas que hablan de cosas que «no han ocurrido nunca ni en ninguna parte» que las narraciones garantizadas de hechos reales generalmente más vulgares y menos brillantes, y prefieren el narrador de historia, ó más bien de historias, menos digno de fe pero más brillante, al investigador concienzudo que no se atreve á asegurar nada de aquéllo de cuya veracidad no está bastante convencido. Pero al lado y por encima de este interés emocional y estético, existe otro: el interés dirigido hacia el conocimiento que no tiene aplicación en la anécdota concreta, tan solo divertida y conmovedora, pero que no enseña nada y que no

encierra alguna verdad general. No desconozco en modo alguno que este interés intelectual tiene también primitivamente sus raíces en el sentimiento; pero ha concluido por diferenciarse del interés puramente emocional hasta el punto de diferenciarse de él no sólo cuantitativa sino cualitativamente y de ser con relación al mismo lo que la atención artificial, determinada por el juicio y la voluntad, es á la atención natural despierta por las impresiones sensoriales inmediatas y sostenida por tendencias de la sensación y del sentimiento. Pues bien, el interés intelectual reconoce la poca importancia que ofrece el modo tradicional de exponer la historia que se aplica á las cosas poco esenciales con una pesadez y una gravedad infantiles impacientes, y la falsedad de una filosofía de la historia que en vez de buscar en los hechos datos sobre el devenir y el ser de la humanidad, se esfuerza en envolver esos hechos en una red artificial tejida con concepciones quiméricas.

La humanidad que investiga y aspira á conocer ha comprendido confusamente que la historiografía tal como se ha practicado hasta ahora, no le proporciona el conocimiento que desea, y para llegar á las fuentes del conocimiento real del hombre ha abierto un gran número de galerías laterales. Queriendo ilustrarse sobre el conjunto de la historia natural de la humanidad, ha edificado poco á poco una serie de ciencias especiales que tienen por único objeto el hombre. La anatomía nos da á conocer su forma; la fisiología el trabajo de su máquina orgánica. Ensanchándose en el curso de su desarrollo estas dos ciencias se han convertido en anatomía comparada y biología general dejando de ser ciencias del hombre para transformarse en ciencias del ser vivo en las cuales el hombre ocupa tan sólo un sitio al lado de otros muchos seres vivos. Por eso no están comprendidas en la consideración que nos ocupa en este momento. La psicología que trata de trazar vías á través del mundo de la conciencia ha permanecido siendo durante mucho tiempo específicamente humana, mucho más tiempo que la anatomía y la fisiología; ha entrado

sin embargo también recientemente en el círculo más amplio de la psicología animal, conforme á la tendencia general que tiende hacia el conocimiento señala de irse emancipando de su limitación al objeto humano para referirse á la existencia cósmica y al todo universal en el cual se integran el hombre individual y la humanidad como partes muy subordinadas. La anatomía, la fisiología y la psicología han suministrado la materia positiva que ha servido para fundar una ciencia del hombre, la antropología, que no nos suministra más datos acerca del hombre que la zoología sobre una especie animal cualquiera. La etnografía ó ciencia de los pueblos, subdivisión que se ha diferenciado de la antropología, hace ya germinar dudas y escrúpulos por su naturaleza; es una ciencia híbrida, mitad ciencia natural y mitad ciencia social; parte de la hipótesis de que un pueblo constituye un sér colectivo netamente definido formado por la naturaleza misma, y se esfuerza en describir y en lo posible explicar las particularidades de los pueblos, sus diferencias y semejanzas, sus modificaciones en el tiempo y en el espacio. Pero esta hipótesis ni se ha demostrado ni es fácil demostrarla, es más bien probable que los pueblos son formaciones artificiales, puramente políticas cuya creación, transformación y aniquilamiento, aunque generalmente muy lentos, son obra del hombre; su descripción no ofrece pues, interés verdaderamente científico y no nos enseña acerca del hombre nada que no haya dilucidado ya la antropología de modo más comprensible y más á fondo. La etnografía, partiendo del error inicial probable que consiste en tomar por un organismo natural lo que no es sino la obra del hombre, llega necesariamente á dar como resultado numerosas conclusiones erróneas; aporta en la observación y descripción de los pueblos opiniones preconcebidas, les atribuye rasgos que según ella los caracterizan, pero que en realidad no poseen: traza con ayuda de estadísticas y generalizaciones temerarias un cuadro que carece de exactitud; se arregla para su uso una psicología de los pueblos á la cual no responde nada

real y en suma, es poco apta, tomada en conjunto, para suministrar conocimientos. La prolongación de la historia en un pasado cuya tradición no ha llegado hasta nosotros se ha convertido en objeto de una ciencia especial, la prehistoria, que se distingue sobre todo de la historia por el hecho de que á falta de datos verificados y comprobables acerca de los acontecimientos, renuncia á la comprobación exacta de los hechos particulares de su época y de las personas que han tomado en ellos parte activa y pasiva, y no investiga más que los caracteres generales de la existencia de individuos y de grupos humanos. Bien querría saber la prehistoria cuál era la estructura anatómica de la humanidad primitiva, cuáles eran sus facultades intelectuales, cómo hablaba, qué moradas habitaba, cómo se alimentaba, se vestía, qué progresos realizó en los oficios, las artes y el saber, cómo amaba, odiaba, combatía, hacía la paz, andaba errante y se fijaba en un sitio determinado; pero no considera como un vacío el hecho de no conocer los nombres de los jefes, de los guerreros y hechiceros individuales, y si un concurso de circunstancias que en verdad no es posible imaginar, la pusiera en posesión de nombres de personas establecidos con certeza, este hecho tendría acaso importancia para el etimologista, pero no añadiría nada al edificio de la prehistoria misma. Sus resultados ciertos constituyen contribuciones reales á la historia natural de la especie humana, y no un revuelto montón de anécdotas insignificantes en que lo desprovisto de importancia ahoga y obscurece lo esencial. Cuando la humanidad perteneciente al pasado iluminado por la tradición y al presente, se estudia con los métodos de la prehistoria, obtenemos la historia de la civilización, y cuando el estudio se detiene menos en las condiciones y formas de la existencia material que en los fenómenos que resultan de la vida de los hombres en común, en grupo, y de la organización de éstos en sociedades civilizadas, surge una ciencia nueva que carece aún de límites precisos, la sociología. Esta, en efecto, merece realmente el nombre de ciencia, pues investiga las leyes que se

expresan en la forma y el modo de trabajo, en la morfología y la dinámica de la existencia de la humanidad organizada social y políticamente, y se esfuerza por comprender cómo y por qué el Estado y la sociedad se han formado y han llegado á ser lo que son. En su fin la sociología, como así resulta de su definición, coincide con la filosofía de la historia, pero se diferencia de ella radicalmente por sus métodos. De hecho, sino ya necesariamente, por virtud de su naturaleza misma, la filosofía de la historia ha sido hasta ahora deductiva, mientras que la sociología es inductiva. Aquella es un ensueño subjetivo, ésta reúne y clasifica los hechos objetivos, y si lo hace todavía con frecuencia desde puntos de vista subjetivos, estos últimos son progresiva y casi automáticamente eliminados con solo la simple colaboración de numerosos sabios. Aquella expone los hechos caprichosamente y los violenta, ésta los respeta y los obedece. Se puede preveer que cuando la sociología esté segura de sus materiales y los haya sometido á una elaboración analítica, sustituirá por completo á la filosofía de la historia que tendrá su puesto al lado de la teología dogmática y apologetica, en el museo de los errores del espíritu humano donde están ya depositados el arte de la adivinación valiéndose de las entrañas de los animales, la astrología, la interpretación de los sueños y otras cosas tan peregrinas del mismo género en otros tiempos consideradas también como ciencias. Cuando Wundt llama á la historia de la filosofía «el devenir» y á la sociología «el sér de las sociedades», establece entre cosas idénticas una diferencia de tal modo artificial que á pesar de todo el respeto debido al gran pensador, no se puede menos de decir que juega con las palabras, puesto que para comprender el sér de la sociedad es preciso conocer su devenir, é inversamente para concebir el devenir es preciso haber aprendido mediante la observación metódica del sér que las fuerzas y leyes dinámicas que determinan éste han sido las mismas en todas las épocas de la humanidad, y han determinado también, por consiguiente, su deve-

nir. Así es cómo la geología, para citar un caso análogo, no ha llegado á ser inteligible sino cuando la investigación científica ha hecho reconocer que los hechos del pasado, hasta los comienzos de la formación de la tierra, estaban sometidos á las mismas leyes químicas, físicas y mecánicas que están aún hoy en vigor en nuestro planeta y que las capas más antiguas no se han formado de modo distinto que las más recientes que se constituyen bajo nuestra vista. En la enciclopedia de las ciencias del hombre, la sociología está llamada á ocupar el lugar más preeminente, puesto que es el resumen de los datos suministrados por todas las demás ciencias; es la clave y la coronación de éstas, es el complemento racional de la antropología.

Barth (1) resume las relaciones de la sociología y de la historia en esta fórmula seductora: «La historia me parece ser una sociología concreta, como el drama es una caracterología concreta». Esto no es verdad sin embargo, más que con una reserva. Un drama es una invención poética y sólo podría servir de fuente á un estudio serio del carácter humano si se probase que reflejaba fielmente la realidad; pero eso no es casi nunca el caso, ni siquiera cuando el poeta posea bastante genio para penetrar intuitivamente en las profundidades obscuras de los caracteres y para adivinar instintivamente el juego complicado de las fuerzas que se ponen en acción. Zola se había imaginado que aplicaba los métodos de Claudio Bernard y hacía experiencias científicas cuando inventaba personajes y los sumergía en la corriente de acciones inventadas, y partiendo de esa extraña concepción fué como imaginó el vocablo de «novela experimental». Barth piensa en algo así como un drama experimental. Pero no se le ocurrirá ciertamente á ningún psicólogo científico utilizar un drama como materia de sus investigaciones y pretender sacar de él conocimiento útil, salvo en lo que se refiera á la

(1) Barth. *Die Philosophie der Geschichte als Soziologie*. Leipzig, 1907, página 4.

psicología de su autor. Asimismo, la narración histórica sólo es sociología concreta en la medida en que el historiador está seguro de los acontecimientos que describe y en los cuales descubre, detrás de los muñecos humanos, el mecanismo sociológico que les hace moverse,—condiciones éstas dos que aún no han sido cumplidas. Pero si Barth quiere sencillamente decir que la historia relatada con exactitud es una casuística de la sociología, una colección de ejemplos que ilustran las leyes del ser y del obrar humanos establecidas por la sociología, se puede estar de acuerdo con él. Su fórmula reconoce entonces implícitamente que la narración histórica concreta sólo sirve para hacer que la severa sociología sea más viva, más plástica, más entretenida, para adornarla con atractivos literarios y estéticos; pero que únicamente la sociología general, no la historiografía concreta, puede ser la verdadera ciencia de la existencia humana. Digamos pues: la sociología es historia sin nombres propios, y la historia es sociología que se ha hecho concreta é individualizada. La relación entre una y otra es la que existe entre el álgebra y la aritmética; pero la biología de la especie *homo sapiens* es la que constituye el objeto y la materia de una y de otra.

El presente es para ésta un campo más fértil que el pasado porque es más accesible á la observación exacta y se presta en mayor grado al empleo de los recursos de la numeración y de la medida. La sociología podría en rigor prescindir por completo de la historia, aunque haya que reconocer que algunas de las cosas que han sobrevivido son más comprensibles cuando se conocen sus orígenes y su papel en el pasado; pero la historia sin la sociología no es más que un revuelto montón de anécdotas ó una especulación filosófica subjetiva sin ningún valor gnoscológico que justifica el juicio despreciativo del viejo Sexto Empirico que llama á la historia ἀμείβοδος ἕλη, un farrago embrollado, un montón de azares.

Colocados con respecto á la humanidad, á su ser y á su

obrar desde el punto de vista requerido, reconocemos que es una especie de seres vivos con igual título que todas las demás, aunque para nosotros, subjetiva y objetivamente, mucho más interesante que éstas, porque ha alcanzado el grado de desarrollo intelectual más elevado y porque formamos nosotros mismos parte de ella. Notaremos claramente que sus destinos son determinados por sus disposiciones naturales y el perfeccionamiento de éstas bajo la influencia imperiosa del mundo exterior. Para informarnos acerca de ella, debemos estudiarla según el propio plan y los mismos métodos que cualquiera otra especie de seres vivos. Se falsea la observación y se hace inútiles sus resultados si se introduce en ella la idea preconcebida, que ningún hecho objetivo justifica, de que la especie humana ocupa con respecto á la naturaleza y al universo una situación excepcional y posee privilegios que no comparte con ninguna otra especie viva. Debemos libertarnos de la infantil superstición antropocéntrica. Solo después de habernos emancipado de ese error arcaico podremos con provecho ver vivir al hombre y obtener una imagen exacta de su naturaleza según la manera como se produzca en las circunstancias más diversas. Toda ciencia del hombre, toda antropología en el sentido lato de la palabra, debe ser biología y ponerse al servicio de ésta, la anatomía, la embriología y la fisiología, lo mismo que la psicología fisiológica y la psicología introspectiva. La misma sociología no es más que biología, y para aspirar á ocupar el puesto de ciencia, debe ser estadística en su parte descriptiva y psicología en la parte consagrada á la interpretación, á la explicación y á la clasificación. La historia sólo suministra á la historia natural del hombre materiales utilizables en la medida en que es sociología retrospectiva y proyecta claridad sobre las particularidades de la naturaleza humana comunes á toda la humanidad. Si estuviese segura de sus materiales de hechos, y si la psicología de la humanidad prehistórica le fuese accesible, podría completar la sociología con un suplemento, por decirlo así, embriológico, y re-

solver así la cuestión controvertida de saber si la naturaleza humana, con sus propiedades primitivas, sus instintos fundamentales y sus reacciones típicas ha permanecido idéntica á través de todas las épocas, ó si ha experimentado, en el curso de los siglos, transformaciones y progresos verdaderos y no tan sólo adaptaciones morfológicas. La psicología es siempre la parte más importante de la ciencia del hombre, pues por su actividad intelectual es por lo que más se diferencia el hombre de los demás seres que habitan la tierra al propio tiempo que él, siendo su espíritu el que debe estudiarse, si se quiere comprenderle en su especificismo con relación á todos los demás seres vivos. Á la psicología le corresponde la tarea de explicar á la sociología los fenómenos de la vida en común de los hombres, el nacimiento y desarrollo de las instituciones, la naturaleza y acción del Estado, de los regímenes gubernamentales, de las religiones, del derecho, de la moral, de las relaciones internacionales y de sus formas, pues todos estos marcos dentro de los cuales evoluciona la vida de los hombres se han engendrado en las necesidades de su espíritu y no podrían nunca comprenderse si se examinasen únicamente desde el punto de vista histórico, sin considerarlos al propio tiempo desde el punto de vista psicológico. John Stuart Mill formula en su *Lógica* esta proposición fundamental: «Los fenómenos históricos se explican por las leyes del espíritu humano», proposición que Herbart había expresado casi al propio tiempo del siguiente modo: «Las fuerzas que obran en la sociedad son incontestablemente por su origen fuerzas psicológicas» (1). De poco nos sirve saber cuáles han sido los comienzos visibles de todas las instituciones, cómo se han desarrollado y han alcanzado su forma actual, es preciso todavía poder demostrar qué particularidades intelectuales, qué necesidades, instintos y aspiraciones de los hombres, les han dado y debían dar origen. Esta demostración es en realidad la primera etapa de la

(1) *Herbarts Werke* herausgegeben von Hartenstein, tomo VI, pág. 33.

comprensión. La historia puede facilitar y favorecer este estudio de diversos modos: refiriendo fenómenos que han llegado á ser muy complejos á orígenes sencillos enteramente transparentes y fáciles de penetrar, y haciendo reconocer las relaciones oscurecidas más tarde, con determinadas particularidades de la vida humana y con algunas de sus tendencias; haciendo, por medio de ejemplos acumulados, verosímil el hecho de que en todo tiempo y en todo lugar el hombre ha sido siempre el mismo en sus rasgos fundamentales, es decir que está aguijoneado por las mismas necesidades y trata de satisfacerlas por los propios métodos impuestos por su constitución misma; fijando, en fin, el recuerdo de determinadas situaciones excepcionales que tienen el valor de experiencias, porque ponen de relieve algunos rasgos y propiedades psíquicas que, en las condiciones de vida ordinaria, quedan en segundo término y se sustraen fácilmente á la atención. La sociología y la historia, estos dos conceptos idénticos, son el producto de la psicología humana y suministran á su vez conclusiones ciertas con relación á ésta. En el modo cómo el hombre reaccionó en el pasado y reacciona aún en nuestros días al recibir las impresiones del mundo exterior, en la manera de arreglarse en el mundo y en la vida, se revelan todas las particularidades de su naturaleza, las evidentes y las más recónditas, y quien haya observado esas particularidades con la mirada penetrante del biólogo sin dejarla empañar por nieblas místicas, podrá determinar las leyes según las cuales se han realizado y se realizarán siempre, mientras su naturaleza no experimente un cambio radical, las reacciones del hombre contra las influencias exteriores.

Los rasgos generales, al alcance de los sentidos, de la vida específica del hombre, no pueden determinarse con exactitud científica sino por la observación de hechos colectivos, es decir por la estadística: esto es lo que Schlözer ha expresado, con ribetes de ocurrencia, pero de modo bastante exacto, en esta fórmula epigramática: «La historia es la esta-

dística en marcha; la estadística es la historia en reposo». Pero desde el momento en que se quieren descubrir las causas de los acontecimientos, investigar no sólo el qué, sino también el cómo y el por qué de las instituciones, costumbres, etc., hay que hacer abstracción de la colectividad y considerar al individuo. En otros términos: la historia natural de la humanidad es psicología, y la psicología es necesariamente individual. No existe psicología colectiva; lo que se denomina así es ó un error, una palabra que no encierra idea ninguna, ó bien designa un múltiplo de la psicología individual, por tanto algo desprovisto de importancia, puesto que la adición ó la multiplicación no modifican la naturaleza de los números que hay que sumar ó multiplicar y no sirve en modo alguno para darlos á conocer. Por eso la nueva ciencia de la sociología se llama así algo paradójicamente, puesto que no puede ser la ciencia de la sociedad, y sí únicamente la ciencia del hombre que forma la sociedad; no puede ser más que la antropología individual. La sociedad es una suma que no se puede utilizar para un fin gnosológico mientras no se conozcan exactamente las cantidades de que se compone.

Es verdad que Augusto Comte niega radicalmente la existencia del hombre individual y pretende que solo existe la humanidad (1). Las particularidades individuales, dice, no permiten deducir de ellas la evolución de la sociedad. Wundt (2) y el mismo Ernesto March comparten esta opinión, pero el segundo que pretende sin embargo, eliminar toda metafísica de su filosofía, abandona, en lo referente á esta cuestión, su punto de vista y concibe la humanidad como un organismo único, como un polípero «donde los lazos materiales orgánicos están rotos» entre sus organismos individuales; añade

(1) Augusto Comte. *Curso de filosofía positiva*. 4.<sup>a</sup> edición. París. 1877, tomo VI, pág. 590: «Desde el punto de vista estadístico, lo mismo que desde el punto de vista dinámico, el hombre en sentido propio no es en el fondo más que una pura abstracción. Solamente la humanidad es una realidad».

(2) W. Wundt. *Logik*, 2. Auflage, Stuttgart, 1895, tomo II, pág. 291.

pues, con el pensamiento algo que no le suministra la observación; introduce en el cuadro de ese hormiguero ondulado y diverso de hombres individuales que se llama humanidad, un rasgo que no existe más que en su espíritu, no en la realidad. Apoyándose en semejantes opiniones, un escritor atropellado é imprudente como Gumplowicz (1) ha podido llegar á la temeraria afirmación que «el individualismo ó el atomismo» está «descalificado y concluído en la ciencia». Para convercerse de cuán poco semejante afirmación corresponde á la verdad, basta la más rápida revista de la literatura que se refiera á esta cuestión. Simmel (2) dice: «La única cosa real son los movimientos de las más pequeñas partículas y las leyes que regulan esos movimientos. Cuando resumimos una suma de esos movimientos en un acto colectivo, no podemos pretender formular una ley particular para esta suma». Spencer (3) se expresa de un modo análogo: «Un conjunto de hombres posee las propiedades que derivan de las propiedades de los individuos..... Las propiedades de las unidades determinan las de los agregados». H. S. Maine establece una diferencia entre la sociedad de la antigüedad y la de los tiempos modernos. Antes habría sido la familia la unidad sociológica, «pero la unidad de la sociedad moderna es el hombre individual»: Lotze dice en su *Mikrokosmos*: «Únicamente los espíritus vivos individuales forman los puntos eficientes en el curso de la historia». Schopenhauer (*Parerga y Paralipomena*) exclama: «Los pueblos solo existen..... de un modo abstracto; los individuos son la única realidad». Luis Blanc solo ve individuos en la historia: «El individualismo triunfa en la religión con Lutero, en la filosofía con Voltaire y los Enciclopedistas, en la economía política con Montes-

(1) Gumplowicz. *Grundriss der Soziologie*. 2. Auflage, Wien. 1905.

(2) Jorge Simmel. *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*. Leipzig. 1892, pág. 32.

(3) Heriberto Spencer. *Introduction dans la science sociale*. Paris, F. Alcan, 13.<sup>a</sup> ed. 1903, pág. 55.